

JUNTO A LOS RÍOS DE BABILONIA

*15 de desio según el calendario macedónico,
16 de ayaru en el calendario de Babilonia.*

*Año 1 de la 114^a olimpiada.
431 ab urbe condita.¹*

E se cabrón tiene que morir.
–No hables así de él. Es Alejandro.
–Es mi esposo. Y tú eres su general y su amigo y te acabas de acostar conmigo. Otra vez.

Perdicas, jefe de la caballería de los Compañeros del Rey, se apartó un poco de Roxana para que el aire corriera entre ambos y le secara el sudor. Se sentó con las piernas cruzadas y contempló a la joven. Estaba desnuda, como él, con los brazos abiertos y los muslos algo separados para evitar el contacto irritante de su propia piel empapada. Hija de un sátrapa de Bactria, había heredado de su madre india una tez más oscura de lo que solía gustarles a griegos y macedonios, pero Perdicas ya llevaba tantos años en Asia que se había acostumbrado y empezaba a encontrar insípidas las pieles demasiado blancas. Extendió una mano y le acarició el vientre, tenso como una pandereta y más caliente que el resto del cuerpo. Sólo en él y en los pechos algo más hinchados se notaba que Roxana estaba encinta de cuatro meses. Pero lo perdido en silueta lo había ganado en aroma, y ahora su sudor estaba impregnado de una fragancia que a Perdicas le bajaba directo de la nariz a los ijares. Aunque había trabajado a conciencia para dar placer a la joven, volvió a excitarse; su gruñido de dolor provocó una carcajada de Roxana.

–Eres tan lujurioso como los escitas, que se acuestan con sus propias yeguas.

1. 27 de mayo del año 323 a.C.

–Hasta una estatua de mármol sentiría lujuria contigo –respondió Perdicas, venteando el sudor de la joven.

–Convence de eso al bujarrón de mi esposo.

A Perdicas le sorprendía con qué énfasis pronunciaba Roxana las palabrotas. Cuando hablaba griego sus vocales aspiradas rechinaban como la amoladera al afilar la espada, pero se expresaba con más fluidez que muchos macedonios de la infantería. Los idiomas eran uno de los muchos talentos que escondía tras la máscara de su belleza. De haber sabido que la mujer de Alejandro era tan inteligente, Perdicas jamás se habría metido en su cama.

–Ya te he dicho que no hables así de él. No es decoroso.

–¿Decoroso? Qué cosas más graciosas dices a veces. Mírate a ti y mírame a mí. –Roxana se rió, y bajo sus pómulos altos y redondeados se formaron dos hoyuelos de aspecto inocente. Eran más peligrosos que los colmillos de un áspid.

Según atestiguaban muchos observadores, Roxana era la segunda mujer más bella de Asia después de la difunta Estatira la mayor, hermana y esposa del gran rey Darío. Perdicas no podía jactarse de haber visto a todas las mujeres de Asia en sus doce años de campaña, pero dudaba que hubiera muchas como Roxana. De ser una hetaira griega amante de desnudarse en público, podría haber servido como modelo para una Afrodita pintada por el gran Apeles. Pero aunque tenía un cuerpo como para quemar otra vez Troya y Persépolis juntas, su arma principal eran los ojos. Ahora, a la luz de la lámpara, a Perdicas se le antojó que brillaban como el lago Orestis bajo el creciente de una noche de invierno en las tierras altas de su Macedonia natal. Cuando esos ojos oscuros y rasgados te miraban, parecía que no existía nada más en el mundo: tenían la virtud de capturar a los hombres de uno en uno, aunque fuera en el centro de una reunión, como si una magia animal creara un túnel que unía sus pupilas con las de su desventurada presa y arrojara un lazo pegajoso a través de él.

Así debía de haber caído el mismísimo Alejandro en sus redes tras tomar la inexpugnable Roca Sogdiana. Allí conoció a Roxana y, sin consultar con nadie, le pidió su mano a su padre Oxiartes, gobernador de Bactria. Aquello provocó el estupor de quienes le habían visto demorar el matrimonio con diversas excusas y sabían que había partido de Europa sin cumplir el deber dinástico de engendrar primero un heredero para el trono de Macedonia.

Pero Perdicas no podía culpar a su amigo y señor, pues él mismo se había rendido a los brazos de Roxana durante el crucero en que bajaron por las aguas del Indo, cuando las angosturas del barco habían creado una intimidación a la que resultaba difícil escapar. Ay, si no hubiera aceptado la invitación de Alejandro de viajar en la nave capitana, no estaría pensando en envenenar a un rey...

—¿En qué piensas? —preguntó ella al darse cuenta de que las pupilas de Perdicas se habían contraído, desenfocadas en la lejanía.

—En por qué odias tanto a Alejandro —mintió él.

—Te lo he explicado muchas veces —contestó Roxana, apartando la mirada de él para examinar las flores de oro espolvoreado pintadas en sus uñas.

Era cierto. Perdicas se sabía de memoria los motivos de ese odio. Roxana aborrecía a Alejandro porque, pasado el primer entusiasmo, ya no compartía su lecho casi nunca, lo que significaba no sólo que no le daba placer, sino algo mucho peor, que no se dejaba manipular por ella. También lo aborrecía porque prefería a los jovencitos como el bello eunuco Bagoas, y a los no tan jovencitos como su llorado Hefestión.

Pero la paja que había quebrado la espalda del camello, como decían en Bactria, era que en las multitudinarias bodas celebradas meses atrás en la ciudad de Susa Alejandro se había casado con Estatira la menor, hija del rey Darío. El comentario de Roxana a Perdicas había sido: *«Ningún hombre que ha entrado en mi lecho se acuesta luego con otra mujer»*. Lo peor, lo sabía él, no eran los celos carnales, sino que el nuevo matrimonio de Alejandro significaba futura competencia para el fruto que llevaba Roxana en el vientre: había muchos que no se privaban de comentar que un hijo que compartiera a la vez la sangre de Alejandro y de Darío tendría mucho más derecho a la tiara real que otro nacido de una chica de provincias como Roxana. El propio Perdicas encontraba razonable ese argumento, aunque tenía buen cuidado de no expresarlo en voz alta. Entre otros motivos porque no tenía muy claro que la criatura que abombaba la tripa de Roxana fuera fruto de la semilla de Alejandro y no de la suya.

En esas mismas bodas Perdicas había tomado a Amitis, hija de otro sátrapa persa. Alejandro debía pensar que al darle su mano le había concedido un gran honor, pero aquella mujer flaca y feúcha que lloraba cada vez que copulaban no le había dado más que insatisfacciones.

–Tú sabes que hay que hacerlo –insistió Roxana–. Alejandro debe desaparecer.

–Lo sé, pero yo no le odio como tú.

–Sí que le odias. Lo que pasa es que no eres lo bastante hombre para reconocerlo. –Esta vez la sonrisa de Roxana fue cruel, y por lo tanto sincera.

Perdicas apartó el visillo que rodeaba la cama y bajó al suelo. Las baldosas estaban tibias bajo sus pies: sólo empezarían a enfriarse en las últimas horas de la noche. Pasó al lado del hercúleo esclavo sordomudo que agitaba el flabelo para darles aire, tomó del velador una copa de vino muy aguado y se acercó a la ventana. Al hacerlo vio su propia sombra en la pared, proyectada por las llamas de la lámpara. Era casi triangular, como las figuras de los antiguos jarrones atenienses: cintura escurrida y hombros anchos y rectos. Para tener treinta y siete años conservaba el cuerpo de un hombre mucho más joven. Otros generales como Seleuco o Leónato habían tenido que confeccionarse corazas nuevas para poder ceñírselas a la barriga, pero a él aún le servía la que utilizó en el Gránico, su primera batalla en suelo asiático.

–No le odio –repetió, más para sí que para Roxana–. Pero ya no le admiro como antes.

El Éufrates era un espejo negro en el que nadaban mil luciérnagas acuáticas, reflejos de la gran ciudad. Al otro lado del río se levantaba el Esagila, el gran templo del dios supremo Marduk, con su fabulosa torre escalonada Etemenanki. Las antorchas de los obreros que la estaban restaurando seguían encendidas, y el sonido de los picos y las voces de los capataces llegaba a ratos traído por los caprichos de la brisa, pues Alejandro había ordenado que se trabajara día y noche para devolver a Etemenanki su antiguo esplendor.

¡Babilonia! Cuando Perdicas y los demás Compañeros del Rey eran quince años y un millón de muertos más jóvenes, leían una y otra vez los comentarios y relatos de Heródoto sobre aquella ciudad. Pero lo que había escrito sobre Babilonia se quedaba corto. Aquella ciudad tenía dos mil años, mucho más que los más vetustos linajes griegos, y dentro de sus murallas se aglomeraba cerca de medio millón de personas; nadie lo sabía con exactitud, porque era imposible hacer un censo exacto. Con tal de no pagar impuestos, los babilonios, los hombres más pícaros del mundo, mentían lo que fuera menester.

Babilonia... Qué distinta había sido la segunda entrada del ejército macedonio. En la primera venían de derrotar al ejército de Darío en Gaugamela, la mayor batalla de la historia. Entonces los Compañeros del Rey eran de verdad sus amigos y no sus súbditos, y todos compartían sus sueños de gloria y aventura, el ardiente *póthos* de Alejandro, su anhelo de llegar al Océano que circunda el mundo y clavar la bandera con la estrella de los Argéadas donde ningún hombre hubiera llegado antes.

Los conquistadores que habían vuelto a entrar en Babilonia casi ocho años después eran otros hombres. Infinitamente más viejos. Habían sobrevivido a muchas cosas. La salvaje guerra de exterminio en las tierras de Bactria y de los escitas, en la que habían tenido que elegir entre masacrar sin piedad o ser masacrados. El cruce de las montañas del Paropamisio, donde casi tocaban la bóveda del cielo y sus alientos se congelaban antes de salir de los pulmones. La campaña de la India, donde los enemigos más terribles no fueron los elefantes del rey Poros, sino las cobras, las tarántulas, los mosquitos gigantes y la humedad que les podría los pies. El regreso al oeste por la inhóspita Gedrosia, el mayor error de Alejandro, que siempre había sido tan previsora con el abastecimiento de sus tropas y que esta vez los había conducido a través de un desierto de arena y sal que acabó sepultando a más hombres que todos sus enemigos juntos. En cada uno de esos sitios los jóvenes ardientes que seguían los sueños de Alejandro se habían ido dejando unos cuantos jirones del cuerpo y muchos del alma.

Y todo mientras él se endiosaba más. Ya dio un aviso en Egipto, con aquella expedición al oasis de Siwah para consultar al oráculo de Zeus-Amón quién era su verdadero padre. No, claro, a Alejandro no podía valerle un vulgar Filippo, aunque ese Filippo fuese el unificador de Macedonia, el conquistador de Grecia, el creador de la máquina militar que había conquistado medio mundo con su infantería de sarisas y sus imparables cargas de caballería. Alejandro necesitaba un dios como padre, ¿y por qué conformarse con una divinidad de segunda fila pudiendo elegir al propio Zeus?

Después, el ritual de la prosternación. Alejandro no sólo se consideraba vencedor de Darío, sino también su legítimo heredero, y había insistido en que todos respetaran los rituales de la corte persa. Los macedonios habían conseguido a duras penas que en vez de arrastrarse y clavar las rodillas ante él, como hacían los súb-

ditos persas, bastara con una inclinación de cabeza para mostrar su respeto al hombre al que nunca habían llamado «rey» ni «señor», sino Alejandro a secas. Pero sólo tras acerbadas discusiones, y después de ellas las relaciones entre él y los *hetairoi*, sus Compañeros, nunca habían vuelto a ser iguales.

Y luego estaban los cadáveres que había dejado por el camino. Filotas, jefe de la caballería del rey: ajusticiado por conjurar contra él. El gran Parmenión, artífice de buena parte de los triunfos de Filipo y del propio Alejandro: muerto para que no pudiera cobrarse la venganza de sangre, pues era padre de Filotas, y también para que su generalato dejara de robar protagonismo a los triunfos de Alejandro. Calístenes el sobrino de Aristóteles, filósofo y cronista de la expedición a Asia: ejecutado por una supuesta conspiración; en realidad, por ridiculizar las costumbres orientalizantes y despóticas de Alejandro. Clito el Negro, veterano, hermano de leche de Alejandro, el mismo que le había salvado el pellejo en la batalla del río Gránico: atravesado con una lanza en una discusión de borrachos.

Cada uno de nosotros tiene miedo de ser el siguiente, pensó Perdicas. Además, ya habían cumplido demasiados años para seguir a Alejandro en sus últimos sueños de conquistar Arabia, Libia y quién sabe qué remotos países más. Muchos de ellos eran cuarentones y querían recoger los frutos de sus campañas, disfrutar de un buen vino contemplando el atardecer desde un palacio, acostarse con sus mujeres por la noche y revolver los rizos de sus hijos al levantarse. ¿Qué les ofrecía Alejandro? Tragar polvo un día y otro día recorriendo desiertos sólo para alcanzar el próximo horizonte y comprobar que aún no era el último.

Y sin embargo...

Sin embargo a Perdicas le quedaba la duda de saber qué encontraría Alejandro tras el próximo horizonte.

Roxana contuvo un bostezo. Últimamente, con el embarazo, se le cerraban los ojos a todas horas y el sueño le resultaba más dulce que cualquier manjar. Pero ahora no podía rendirse a ese placer: tenía que resolver el asunto de Alejandro de una vez. Aunque Perdicas estaba casi de espaldas y apenas le veía parte del rostro, Roxana percibía las dudas que le atormentaban. Era un momento muy peligroso para ella. Si le invadía un arrebatado de esa lealtad

que despertaba Alejandro entre sus hombres y acudía a confesar-se todo, estaba perdida.

–Ven a la cama, general –le llamó.

–Ahora. Espera.

Perdicas no tenía mala silueta, y lo sabía. Roxana se había dado cuenta de que él mismo se había detenido un instante a mirar su sombra. El mayor defecto de Perdicas era la vanidad; el más difícil de disimular y el que más vulnerable hacía a los hombres.

Qué débiles son. Lo eran por albergar deseos contradictorios y debatirse indecisos entre ellos. El sol y la luna a la vez. Querían mujeres atadas a su lado, encerradas sólo para ellos en sus casas, sus cuevas, sus tiendas o sus harenes, pero también codiciaban las ajenas y para conseguirlas abandonaban a las propias en sus hogares. Al levantarse por la mañana querían ser inmortales, pero por la noche destruían sus cuerpos comiendo y bebiendo hasta desplomarse.

Pero Alejandro no era así. Vivía sólo con un deseo, el poder total, y esa fijación lo volvía casi imposible de manejar. *Al menos si quien intenta manejarle es una mujer*, pensó con un veneno que corroía su propia mente.

Por fin, Perdicas se volvió hacia ella, y Roxana observó que tenía el gesto descompuesto. Las dudas, siempre las dudas. ¿Por qué ese hombre no crecía de una vez?

Porque es un hombre.

–Ven aquí –insistió, sentándose sobre los talones y apoyando las manos en los muslos para disimular la tripa y juntar más los pechos. Sabía que él no se resistiría, y no lo hizo.

Roxana, que aún no era madre, acunó a Perdicas como si lo fuera y le acarició la piel desnuda desde el hombro a la cadera. Le gustaba el cuerpo del macedonio. Era más fibroso que el de Alejandro, y le recordaba a las rocas y quebradas de su tierra bactriana. Lo más importante era que cuando le hacía el amor no pensaba en otra cosa. Al contrario que Alejandro, que pasados los primeros días debió aburrirse de ella y cuando se ponía encima parecía que estaba calculando cuántos sacos de avena tenía que comprar para dar de comer a los puñeteros caballos de su no menos puñetero ejército. Pues, para su mortificación, Roxana, la mujer más bella de Asia, había acabado comprendiendo que si Alejandro se había casado con ella era para aliarse con su padre y terminar así con la larga carnicería en que se había convertido la guerra de Bactria y Sogdiana.

–Creo que dentro de dos días celebra un banquete –dijo, como al desgaire.

–Sí –respondió Perdicas–. Lo hará en honor de Nearco, que ha vuelto a salvo de su última expedición con la flota. Y, por supuesto, también es en honor de Hefestión.

–Ya. Hefestión. –El nombre del difunto amigo de Alejandro siempre le dejaba un resabio de bilis en la boca. *Que Angra-Mainyu atormente su alma por toda la eternidad.*

–Así que volverá a beber la copa de Heracles en su honor –añadió Perdicas.

–A eso iba. Será el último vino que beba Alejandro.

Perdicas se apartó un poco de ella y la miró de lado, incómodo. Llevaban un tiempo planeándolo, tanto que no sabía en qué momento se había colado por primera vez entre ellos el sustantivo «muerte»; mas a pesar de eso seguían asustándole las palabras. Sí, él también quería que Alejandro desapareciera de su vida y de la de todos, pero sin ensangrentarse las manos, sin tan siquiera mancharse los labios.

Roxana se giró en la cama, apartó un poco el visillo y se sentó en el borde. En su lado del lecho había una mesilla y sobre ésta una caja de madera lacada, traída de Oriente. De su interior extrajo una bolsa de gamuza atada con un cordel rojo. La joven soltó el nudo y olió un poco.

–Ten cuidado... –le dijo Perdicas, sospechando que ése era el tóxico.

–La *vishamushti* sólo es venenosa comiéndola o bebiéndola.

Perdicas tomó la bolsa con prevención y examinó el interior. Estaba llena de un polvillo blancuzco. Olisqueó con mucha precaución. No percibió nada. En ese momento, Roxana le metió un dedo en la boca; Perdicas notó un sabor a bellota amarga y escupió.

–¿Qué demonios...?

Roxana se rió mientras le quitaba la bolsa y volvía a anudarla.

–Tranquilo, era una pizca. Se necesita más cantidad que ésa para matar a un hombre tan atlético como tú –añadió, acariciándole el pectoral izquierdo por debajo de la cicatriz que le había dejado una flecha en Gaugamela–. En la India utilizan las semillas de esta planta en porciones muy pequeñas para mejorar el apetito y el deseo sexual. Yo misma he comprobado cuál es la dosis mortal.

–¿Ya has envenenado a alguien? –preguntó Perdicas, mirándola con cierta repugnancia.

–Tenía que verificarlo por mí misma antes de actuar –contestó ella con una franqueza tan brutal que casi parecía inocente–. Lo hice con una mujer del harén de Susa, antes de las bodas reales.

Roxana le contó que esa mujer había cometido el delito de criticar sus modales en público llamándola «plebeya montañesa». Pero, sobre todo, había tenido la mala suerte de ser necesaria para su experimento y prescindible para cualquier otro propósito. Poco después de comerse el pastelillo envenenado, la concubina (si Roxana se acordaba del nombre, no se molestó en decirlo) empezó a encontrarse mal. Cuando avisaron al médico del harén, la mujer se quejó de un hormigueo que le arrancaba de la nuca y le recorría todo el cuerpo, y al cabo de un rato se puso a tiritar presa de un pánico cuya razón era incapaz de explicar. Después la tiritona se convirtió en violentas convulsiones, y la mujer empezó a chillar diciendo que sentía unos pinchazos terribles en el abdomen y el estómago. Entre los espasmos su cuerpo se relajaba, pero esos periodos eran cada vez más breves y el sufrimiento mayor. Su agonía fue larga, entre fiebres, sudores, sacudidas incontrollables y una sed que no podía calmar porque tenía la garganta cerrada y los dientes tan apretados que ya le era imposible hablar. Poco a poco su cuerpo se fue retorciendo, las mandíbulas se le encajaron y el rostro se le ennegreció. Cuando murió, tras dos días de sufrimientos, tenía el rostro contraído en un gesto espantoso y el cuerpo curvado como un puente.

–¿Y tú lo viste todo? –preguntó Perdicas, escandalizado del placer con que Roxana le refería los detalles.

–Como única mujer legítima de Alejandro, puedo visitar todos los rincones del harén cada vez que me place.

–Es igual que el tétanos –dijo Perdicas, que había visto morir así a muchos soldados–. Una muerte horrible.

–Por eso elegí la *vishamushti* cuando Calano me habló de ella.

–¿Calano sabía que la ibas a usar para...?

–El sólo sabía que yo era una mujer curiosa.

Calano era un gimnosofista de la India, uno de aquellos sabios que se pasaban la vida meditando para alcanzar quién sabe qué extraña pureza de pensamiento, como una especie de imitadores de Platón o Pitágoras vestidos tan sólo con taparrabos. Roxana y Calano hablaban a menudo mientras viajaban Indo abajo con la

flota y el ejército. En aquel entonces Perdicas, ingenuo de él, había pensado que la joven quería saber más sobre las costumbres y religión del país de su madre. Era evidente que sus conversaciones tenían un motivo más práctico y siniestro.

–La dosis que le daremos a Alejandro será menor –dijo Roxana–. Durará más días y las señales serán menos exageradas, pero al final morirá igual. La gente pensará que se trata de una enfermedad natural. En esta ciudad rodeada de pantanos y mosquitos, ¿quién va a dudarlo?

Roxana se volvió al esclavo y le hizo una seña para que abanicara con más ganas.

–Después, cuando Alejandro muera –prosiguió–, iremos a Macedonia.

Cuando Alejandro muera. A Perdicas le seguía sonando duro, pero se iba acostumbrando a la idea. Ahora que tenía en la mano la bolsa con el veneno y que pasaban de la pura abstracción a algo más concreto, casi se sentía liberado.

–Tendremos que viajar rápido –dijo Perdicas–. Hemos de llegar antes que Crátero, y sobre todo antes que Casandro.

–Llevo años viajando con el ejército. ¿Alguna vez me he quejado?

–No. Eres una mujer dura –dijo Perdicas, acariciándole la barbilla en gesto paternal, pero al ver la mirada de través de Roxana apartó la mano. Cuando hacía planes no estaba para carantoñas.

–Mi hijo nacerá en Macedonia para que lo coronen rey, y luego volveremos a Susa. Babilonia no me gusta.

–Los macedonios somos gente orgullosa. La asamblea de los guerreros siempre ha elegido a su soberano entre los Argéadas, pero no se le puede imponer una decisión.

–Yo te digo que elegirán al hijo de Alejandro.

Si es que es hijo de Alejandro, pensó Perdicas. Al menos, él tenía la tez más bien clara y el cabello del color del trigo: si la criatura era suya y se parecía a él en vez de a Roxana, podría pasar por hijo de Alejandro.

–¿Qué pueden hacer tus orgullosos macedonios? ¿Elegir a Arrideo para que se limpie las babas con el manto de púrpura? –añadió Roxana, refiriéndose al hermanastro tarado de Alejandro.

–¿Y si nace una niña?

Roxana se levantó de la cama, pasó rozando al esclavo como si fuera un mueble y recogió las ropas que había doblado sobre el arcón. Mientras se vestía le explicó:

–Ya había pensado en eso. Será un niño.

–¿Cómo estás tan segura? –preguntó Perdicas, recogiendo su propia túnica del suelo.

–Las mujeres sabemos esas cosas. Pero si fuera niña, tendré a mano un varón recién nacido en el momento oportuno.

Perdicas comprendió. En ningún caso habría niña.

–Es una lástima. Una hija tuya y mía podría ser muy bella. Incluso más bella que tú.

–Si alguna vez tengo una hija más guapa que yo, la mataré.

Roxana sólo sonrió con la boca, y a Perdicas se le heló la sangre en las venas al comprender que hablaba en serio.

Perdicas y su escolta cruzaron el Éufrates por el pasaje subterráneo construido por Nabucodonosor y, tras sortear a los mendigos que dormían allí entre charcos de orines, salieron junto a la muralla que rodeaba el recinto del templo de Marduk. De allí giraron a la izquierda para volver al palacio. La brisa que soplaba antes se había encalmado y ahora el aire se pegaba a la piel como lana mojada en agua caliente; del río subía olor a cieno y juncos podridos. La noche estaba entrada, pero aún quedaba tráfico. Las carretas que durante el día no podían maniobrar por las calles atestadas llevaban ahora sus productos a los comercios del centro, acompañadas por grupos de tres o cuatro hombres armados con porras o puñales; en cambio, las que acarreaban los abonos humanos iban solas: a éstas, que se olían de lejos, no las asaltaba nadie.

Roxana había salido antes que él, acompañada tan sólo por su esclavo sordomudo. La casa donde se había citado la pareja pertenecía a un egipcio que traficaba con marfil y pasaba fuera la mayor parte del año; su ecónomo se la había alquilado a Epiboas, el oficial que ahora mismo caminaba junto a Perdicas. El nombre de éste no constaba en ninguna parte.

Aún así me acabarán pillando, se dijo. Esa loba bactriana le tenía bien cogido. Conociendo a Alejandro, si descubría el adulterio se limitaría a repudiarla, e incluso era posible que soslayara el asunto por no volver a agitar el avispero de Bactria y Sogdiana. Pero el destino ineludible de Perdicas sería un pelotón de lanzas.

O muere él, o muero yo.

Dejaron a su derecha la mole de Etemenanki. Perdicas pensó qué diría si al llegar al palacio se encontraba con Alejandro.

No pasa nada, se repitió: eran muchos los altos oficiales que por las noches se perdían por los callejones para explorar los placeres de la ciudad de la lujuria.

Lo que habría parecido impensable era que la mujer de Alejandro también se escabullera en la noche acompañada de un solo sirviente, por forzado que fuese éste. Pero Roxana era mucha Roxana para tenerla encerrada en un harén, y su condición como única esposa del rey en Babilonia (Estatira seguía en Susa) era muy distinta de la del resto de las mujeres del serrallo, una herencia de los tiempos de Darío con la que Alejandro no sabía muy bien qué hacer. El rey tenía tan descuidado el harén que, a sus espaldas, los eunucos lo habían convertido en un prostíbulo de lujo para magnates babilonios y nobles persas y macedonios.

Eso le recordó el asunto de la cortesana para el banquete.

—¿Has elegido ya a la chica? —susurró.

—Sí —contestó Epiboas. Los demás guardaespaldas eran masagetas que no entendían mucho de griego y aún menos del dialecto macedonio—. Es una babilonia llamada Nina. El oro la vuelve loca. Ya la hemos pringado en un par de cosas que le podrían costar ambas manos. Tendrá que decir que sí.

—Quiero que te encargues tú en persona. Casandro saldrá de Babilonia al amanecer, así que será un buen momento para que hables con ella.

—Sí, general.

Casandro era el mejor candidato para fabricar la coartada por dos razones. En primer lugar, cuando Alejandro bebiera el veneno llevaría ya dos días fuera de Babilonia y no podría negar su implicación. El plan era que Epiboas se hiciera pasar por Casandro cuando hablara con Nina y le diera la *vishamushti*. De ese modo, si descubrían a la muchacha y ella revelaba el nombre de Casandro, nunca podría carearse con él para desdecirse, pues ya se ocuparía el propio Perdicas de que Nina no sobreviviera al interrogatorio.

En segundo lugar, el hijo de Antípatro era el sospechoso perfecto. Él y Alejandro nunca se habían llevado bien. Ya tuvieron roces cuando estudiaban en los Jardines de Midas con Aristóteles, y los años de separación no habían mejorado sus relaciones. Dos semanas antes, Casandro había llegado a Babilonia con mensajes de su padre, que llevaba doce años gobernando Macedonia como regente. Su entrada no había sido precisamente triunfal. Al llegar al

salón del trono, lo primero que encontró fue que Alejandro usaba un escabel de plata para que no le colgaran los pies, pues era más bajo que el difunto Darío, de modo que su comentario «¡Oh, Alejandro, no me extraña que en Grecia te empiecen a llamar El Grande!» sonó demasiado sarcástico. Después, al ver que los artesanos medos y persas se postraban en el suelo ante el antiguo compañero de estudios al que había derribado en el polvo de la palestra más de una vez, no pudo contener las carcajadas. Alejandro, en un ataque de furor de aquellos a los que últimamente era propenso, había saltado del trono para agarrar a Casandro del pelo y estamparle la cabeza contra una columna.

Desde entonces, todos los que tenían oídos para oír habían escuchado las lindezas que soltaba Casandro sobre el rey: loco sanguinario, bastardo endiosado, borracho, sodomita corrompido por el oro persa... Sus amigos habían insistido en que abandonara Babilonia cuanto antes para evitar males mayores, pues la *parresía*, esa libertad de palabra de la que alardeaban griegos y macedonios, no estaba bien vista en Asia.

—Toma esto —le dijo Perdicas a Epiboas, tendiéndole una bolsa llena de daricos de oro—. Gasta lo que sea necesario. Puedes quedarte con lo que sobre, pero no seas avaricioso.

El oficial sopesó la bolsa, que tintineó entre sus manos, y sonrió.

—No lo seré, general.

Perdicas le palmeó la espalda.

—Si todo va bien, pronto mandarás tu propio batallón. Serás mi hombre de confianza, Epiboas.

Llegaron ante el palacio de Nabucodonosor. Tras dar el santo y seña a los guardias, cruzaron bajo una puerta de ladrillos esmaltados en azul y flanqueada por toros alados; no era tan grande como la entrada principal del ala este, pero aún así resultaba imponente. Atravesaron un largo corredor alumbrado por hachones y llegaron al cuarto patio, donde se encontraban los alojamientos de Alejandro y sus oficiales más allegados. Perdicas levantó la mirada y vio luz en los aposentos del rey. Antes, cuando Alejandro era Alejandro y su capacidad de trabajo resultaba aún más asombrosa que la de su padre Filipo, Perdicas se habría apostado la mano derecha a que estaría reunido con el almirante Nearco ultimando preparativos para la próxima expedición a Arabia. Pero ahora, lo más probable era que estuviese de francachela, bebiendo hasta desplomarse.

Perdicas se alojaba en la parte oeste de aquella ala, en unos apartamentos con vistas al Éufrates. Cuando despidió a Epibos y a los masagetas y subió las escaleras le salieron al encuentro dos de sus guardias. Entre ellos venía una criada persa que al verle se llevó las manos a la cara y se arañó las mejillas:

–¡Ay, señor, señor! ¡Qué desgracia!

–¿Qué ocurre?

–¡Tu esposa, señor! ¡Qué desgracia!

Perdicas siguió a la criada hasta la alcoba de Amitis. Todos los candelabros estaban encendidos, y para llegar a la cama tuvo que apartar a empujones al resto de las criadas. Un médico anciano y flaco al que no conocía de nombre le miró con ojos de terror, sin duda temiendo sufrir el mismo destino de Glaucias, el físico que no acertó a curar la enfermedad de Hefestión.

La cama estaba deshecha como si la hubiera pisoteado medio batallón de hoplitas. Pero su única ocupante era su esposa Amitis, vestida con un sayo de dormir que en las convulsiones se le había subido hasta medio muslo. Se había quedado de lado, con los pies enredados en un nudo del cobertor, los talones y la nuca arqueados hacia atrás, las mandíbulas apretadas y los ojos abiertos.

–Debe haber sido tétanos, señor –dijo el médico, retorciéndose las manos–. Pero, ¿cómo puede haber ocurrido? Si hubiese sido un soldado...

–Tétanos –repitió Perdicas.

Entonces recordó las palabras de Roxana. *Ningún hombre que entra en mi lecho se acuesta luego con otra mujer.* Pero Perdicas comprendió que no era ése el único mensaje que la bactriana le enviaba. El más importante era: *No te echas atrás. Mi brazo llega lejos.*

–...los romanos son un hueso duro de roer. Según me han contado, tienen la disciplina de los espartanos y la ambición de los atenienses, y son tan numerosos como estos condenados babilonios –dijo Ptolomeo.

Lisánias nunca había oído hablar de los romanos; pero, para un muchacho de diecisiete años que acababa de incorporarse al ejército de Alejandro, aquellos tipos prometían emociones fuertes.

Hijo de Hipomenes, nacido en la comarca de Pieria, al pie del nevado Olimpo, llevaba desde los catorce años educándose en la escuela de pajes reales de Macedonia y soñando con que el regente Antípato lo eligiera para enviarlo a Asia. El momento deseado había llegado al mismo tiempo que su padre volvía a Europa junto con otros diez mil veteranos recién retirados del servicio a los que guiaba Crátero, el general más prestigioso del ejército macedonio. Padre e hijo se habían cruzado en el camino real que unía Susa con Sardes. Hipomenes lloró al ver al hijo a quien recordaba como un crío de cinco años, y Lisantias se emocionó al escuchar de sus labios las batallas en que había tomado parte; pues Hipomenes, quizá con buen criterio, había decidido contar a su hijo los episodios gloriosos y ahorrarle el relato de las penurias, las miserias, las matanzas y las brutalidades.

Una vez llegado a Babilonia, las primeras tareas que Lisantias compartió con sus camaradas no fueron demasiado heroicas: llevar agua y alfalfa a los caballos de Alejandro, almohazarlos, montar guardia en la puerta de su alcoba para vigilar su sueño, seguirle a pie en las cacerías y, en general, hacer de recadero. Incluso llevaba a las lavanderas la ropa del rey para después recogerla, doblarla y guardarla en los arcones, pues Alejandro, siguiendo la tradición macedonia, consideraba que tener esclavos a su lado era rebajarse y que a un monarca sólo debían servirle hombres de sangre libre y noble como él. Cuando, allá en Macedonia, algún joven se quejaba por desempeñar labores humillantes, Leónidas, el viejo instructor, le aplicaba la verdasca en las costillas y le sermonaba, lo que aún era peor:

—¿Quién te crees que eres, barbilindo? ¿Es que cagas oro y los demás no nos hemos enterado? ¡Alejandro fue paje veinte años antes que tú y nunca abrió el pico!

Pero Lisantias no se había quejado entonces ni se quejaba ahora. Sus tareas le permitían estar cerca del gran hombre, respirar el mismo aire que él respiraba, pisar las baldosas que pisaba y hasta intercambiar algún saludo con él.

Hoy le habían asignado turno en el banquete que el rey celebraba con sus amigos griegos y macedonios. Era la primera vez que podía observarle en la intimidad. Armado con una lanza de cinco codos y medio y montando guardia junto con otros siete pajes, Lisantias estaba impaciente por beber las palabras de Alejandro.

–Recuerda que eres un mueble más –le había advertido Espeusipo, el jefe de los pajes–. Mejor aún, una columna. Escucha y aprende, pero no se te ocurra comentar nada de lo que oigas allí dentro.

El banquete había empezado al caer la tarde y ya duraba horas. Lisantias se había aprendido de memoria la sala. Era sencilla, dentro de lo que se podía esperar en un palacio edificado por Nabucodonosor, el monarca obsesionado con las obras públicas que había ordenado levantar los Jardines Colgantes. Uno de los lados era un mirador abierto que asomaba al patio central, cuyas fuentes y jardines refrescaban un poco el ambiente. Los criados habían retirado los tapices del suelo para que los invitados pudieran sentir el frío de las baldosas blancas y negras bajo sus pies descalzos. El techo era alto, tanto que habrían podido montar la guardia con las sarisas de doce codos, y el artesonado de cedros del Líbano se veía ennegrecido por el humo de las velas y de los pebeteros que perfumaban las esquinas. De las paredes colgaban tapices descoloridos que representaban escenas de conquista de Nabucodonosor y de reyes aún más antiguos. También había algunos más recientes en los que aparecían el fundador del imperio persa, Ciro, y sus sucesores. El más nuevo y de colores más vívidos era una copia del célebre cuadro de Apeles, donde Alejandro, montado a lomos del difunto Bucéfalo y con unos ojos tan grandes y ardientes que daban miedo, ponía en fuga a Darío en la batalla de Iso.

La cena había terminado para dar lugar al simposio, y en las mesitas que rodeaban el espacio central sólo quedaban copas de vino y golosinas y frutos secos para picar. Reclinados en los divanes, los comensales, coronados con hojas y guirnaldas de flores, conversaban animadamente. Había unos veinte invitados entre griegos y macedonios: ningún persa, medo ni babilonio, tal vez para evitar discusiones y celos entre los súbditos europeos y asiáticos de Alejandro, algo cada vez más frecuente. Las únicas mujeres presentes eran camareras, flautistas griegas y muchachas de placer de la propia Babilonia. Casi todas llevaban túnicas abiertas y transparentes, adornadas con pedrería y lentejuelas de oro y plata. La más audaz de ellas sólo vestía una red de plata con unas mallas tan abiertas que lo dejaban ver todo y unos coturnos sobre cuyos tacones se balanceaba con gracilidad de equilibrista. A Lisantias le resultaba más excitante que si hubiese asistido completamente desnuda, y no era el único.

Aún no estaba familiarizado con todos los hombres que rodeaban al rey. Entre los que sí conocía estaba Perdicas, el jefe de la caballería de los Compañeros. Era un hombre atlético, alto, que conservaba los rizos trigueños de un mozo y al que la grasa aún no había redondeado el mentón. Todos los pajes reales querían imitar su estilo de vestirse, moverse y montar a caballo. Lisantias, que era muy observador, se había dado cuenta de que a Perdicas sólo le habían rellenado la copa una vez y que cuando se hacía un brindis se limitaba a mojarse los labios. Eso le parecía bien: según le había enseñado Leónidas, la sobriedad y el control eran las primeras virtudes de un general. Pero tal vez no se trataba de templanza natural, sino de alguna tristeza o preocupación momentáneas, pues Perdicas apenas abría la boca y pasaba más tiempo mirando al suelo que a sus comensales.

Perdicas estaba reclinado a la izquierda de Alejandro, pues aquella noche el puesto de honor le había correspondido a Nearco, navarca supremo de la flota. El cretense llevaba barba, algo raro entre los allegados del rey, que solían seguir la moda impuesta por sus mejillas rasuradas. Corría el dicho de que Alejandro recomendaba hacerlo así para que el enemigo no pudiera asir a los macedonios de las barbas; pero en el caso de Nearco se le disculpaba porque no era macedonio, sino griego. Decían de él que andaba escribiendo un diario sobre la expedición de la India, y Lisantias estaba deseando que se publicara para conocer más sobre aquel remoto país.

Un poco más allá de Nearco estaba Meleagro, un macedonio pequeño, de rostro rubicundo, cabello oscuro y una espalda tan velluda que los pelos se le escapaban por el cuello de la túnica. Resultaba difícil no reparar en él, porque se reía con carcajadas estentóreas, no hacía más que levantar la copa para reclamar más vino y daba sonoras nalgadas a las camareras que se acercaban por su lado. Ellas le correspondían con sonrisas de compromiso y trataban de escurrir el bulto la próxima vez que pasaban, no porque fuesen melindrosas o pudibundas, que habría sido magra virtud en flautistas y cortesanas, sino porque era evidente que aquel tipo las desagradaba.

La conversación que desembocó en los romanos había arrancado precisamente de Meleagro. Una de las pocas esclavas que le hacía

caso, una rolliza nubia, se había sentado un momento a su lado y le había puesto una galleta con pasas en la boca. El macedonio la escupió y le dio un azote.

—¿Cómo se te ocurre darme cebada?

—No seas pejugueras. Esas galletas están ricas —dijo Nearco.

—¡Bah! Pan de cebada, comida de asno disimulada. ¿No decían que aquí en Babilonia las cosechas rinden el doscientos por uno? Entonces, ¿cómo es que nos dan pienso de pollinos?

—Heródoto siempre fue un exagerado —repuso un hombre calvo que estaba sentado cerca del mirador—. De todas formas, él estuvo aquí hace más de cien años. Las cosas han cambiado. Ahora los babilonios siembran cada vez menos trigo y más cebada.

—Ése es Eumenes —susurró el paje que estaba a la izquierda de Lisantias.

Lisantias había oído hablar de él. Eumenes de Cardia, que también era griego, había trabajado desde muy joven como secretario y contable de Filipo, y tras su muerte había desempeñado idéntico puesto con su hijo. Pero, aunque en la práctica siguiera siendo secretario de Alejandro, éste, agradecido por sus servicios, lo había ascendido a Compañero Real. Los que admiraban a Eumenes decían de él que guardaba un ábaco dentro de su cabeza, y los malévolos que en vez de leer poemas eróticos para excitar a sus amantes les recitaba las listas de intendencia del ejército. Desde luego, un hombre con ojos tan opacos y una boca que parecía una ranura sin labios no podía ser muy pasional.

—Lo harán por ahorrarse dinero —contestó Meleagro, mientras empujaba fuera del diván a la carnosa nubia—. Son más rácanos aún que los cretenses. ¡Sin querer ofender, Nearco!

—No ofende quien quiere, sino quien puede —respondió el narvarca.

—El motivo no es ése —dijo Eumenes—. Si su pan es peor es porque la tierra cada vez tiene peor calidad.

—Bah, ésa es la misma cantinela de los campesinos en todas partes —repuso Meleagro.

—Aquí se quejan con razón. Yo mismo he inspeccionado los labrantíos que rodean la ciudad. Como el suelo de aquí es por naturaleza seco y salado, los campesinos lo irrigan en abundancia con las aguas del Éufrates para disolver la sal. Pero al hacerlo, la capa de agua subterránea sube y sube hasta que termina aflorando, y cuando lo hace y se evapora al sol vuelve a dejar toda la sal en el

suelo. Los campesinos insisten en irrigarlo aún más, y con eso sólo agravan el problema.

–¡Siempre tan ameno y divertido, Eumenes! ¿Qué puñetas tiene que ver ese rollo con lo que he dicho yo?

–Cualquiera que entienda algo de agricultura sabe que la cebada resiste más que el trigo en suelos malos –respondió Eumenes sin inmutarse. Su voz era como un canalón goteando en una mañana de llovizna

–Si es verdad que el granero de Babilonia empieza a agotarse, tendremos que pensar en Egipto. Sus tierras negras son más fértiles que éstas y aún se puede sacar mucho más trigo de ellas.

El general que había hablado era Ptolomeo. Todo el mundo comentaba que su madre había sido concubina del rey Filipo y que era hermanastro bastardo de Alejandro, aunque se hiciese llamar «hijo de Lago». Lo cierto era que Alejandro y él no se parecían demasiado. Ptolomeo era más alto, tenía el cabello más oscuro, los hombros más recios y unos ojos sombreados por cejas pobladas y salientes que ocultaban su mirada y buena parte de sus pensamientos.

–Ya estás otra vez con Egipto –dijo Meleagro–. ¡Eh, Alejandro, ten cuidado que no se corone faraón en cuanto le des la espalda!

–Aunque no lo creas, Meleagro –respondió Ptolomeo–, los demás podemos vivir sin escuchar el sonido de tu voz.

–Ptolomeo tiene razón–dijo el rey, y todos se callaron. Un segundo después añadió–: En parte.

Hasta ese momento, Alejandro sólo había mantenido un par de conversaciones privadas con Nearco que Lisantias no había alcanzado a escuchar. Ahora habló en voz alta, y al hacerlo ladeó un poco la cabeza en un gesto que, observó Lisantias, remedaban algunos de los Compañeros; él mismo torció el cuello casi sin querer, aunque sabía que no conseguiría esa inimitable elegancia. Su tono era alto y su timbre cristalino, y hablaba con el aplomo de quien sabe que no necesita levantar la voz para que los demás guarden silencio. No era sólo porque se trataba del rey. De él irradiaba un aura indefinible que obligaba a atenderle; todos los comensales habían vuelto hacia él el eje de sus cuerpos, o al menos sus cabezas, y hasta las camareras se habían parado un instante y las flautistas habían congelado los dedos sobre los aulos.

–Sí, Ptolomeo: Egipto será la solución. Mas sólo un tiempo. Es verdad que de momento brinda dos y hasta tres cosechas de exce-

lente trigo. Pero su fertilidad no será eterna, y sus suelos acabarán agotándose igual que los de Babilonia. Es una tendencia, una ley inexorable: las tierras del este se consumen y envejecen año tras año. Sin duda la cercanía del sol las agosta. ¿Habéis visto cómo se encuentra Grecia en la actualidad? Platón ya observó que poco a poco se estaba convirtiendo en el esqueleto de un cuerpo descarnado por la enfermedad. Sin embargo, si viajamos hacia el poniente, los bosques del Epiro son cada vez más frondosos, y dicen que si se cruza el mar Jónico las tierras del sur de Italia dan mejor pan y mejor vino que ningún rincón de la Hélade.

Lisánias había visitado Atenas en verano y la recordaba casi deforestada, surcada de torrenteras amarillentas y reseca. Sin embargo, las tierras altas de su Macedonia natal, que no debían estar mucho más al oeste que Atenas, seguían siendo verdes y estaban cubiertas de prados, pinares y robledales. ¿Y qué decir de las impenetrables junglas de la India? ¿No se hallaban casi en el extremo oriental del orbe?

Pero Alejandro hablaba con tal convicción que a Lisánias le era imposible dudar de sus palabras, y si le hubiera dicho que el sol salía por el oeste lo habría aceptado.

–Babilonia es el símbolo de esa decadencia –insistió el rey–. Desde hace ya muchas generaciones el flujo de los pueblos en la ecúmene ha venido desde el oeste, donde las tierras conservan más vigor natural y nutren a hombres más valerosos. Nosotros, miembros de una raza más joven y enérgica que la persa, hemos venido de Europa para conquistar la vieja Asia. Si ahora nos dormimos en los laureles de nuestro triunfo, ¿quién nos dice que los bárbaros que moran en las tierras vírgenes a poniente de nuestra patria no vendrán a conquistarnos a nosotros? Del mismo modo que Aquiles cruzó el Egeo para tomar Troya, que los griegos colonizaron las costas de Asia Menor y que nosotros hemos llegado hasta el Índico, otros pueblos más jóvenes y pujantes que nosotros pueden venir del oeste a saquear e incendiar nuestras ciudades y sustituirnos como dueños del mundo.

Dueños del mundo, se repitió Lisánias. Sí, eso eran los macedonios ahora. Al recordar que pertenecía a un pueblo destinado a la grandeza, el joven enderezó aún más los hombros.

–¿Crees que se atreverían a hacerlo? –dijo Ptolomeo–. Hasta aquí han llegado a rendirte homenaje los embajadores de tantos pueblos occidentales que ya ni me acuerdo de sus nombres.

–Iberos, tirrenos, celtas, latinos, tartesios, gétulos, númeridas –recitó Eumenes, contando con la punta de los dedos–. Hasta los cartagineses han enviado una legación.

–No os dejéis engañar por las palabras de miel de la diplomacia –dijo Alejandro–. También los griegos y macedonios estuvimos décadas mandando embajadores que se arrodillaban en la corte de los persas, pero lo que hacían era espiar para nosotros y al volver nos hablaban de la debilidad de los reyes Aqueménidas. Fue su información la que nos animó a cruzar desde Europa para derrotarles con nuestros ejércitos. Si nosotros nos apoltronamos y nos dejamos ablandar por estas riquezas –dijo, señalando los tapices que los rodeaban, las lámparas de oro, las mesas de mármol y marfil–, nos acabará pasando lo que les sucedió a los persas, y antes que ellos a los babilonios y a los asirios, e incluso antes a los acadios. Es un ciclo natural: los pueblos llegan a su auge, se acomodan en él, se dejan hundir en la dulce y cómoda decadencia y se extinguen dejando tan sólo suntuosas ruinas. Pero es mi voluntad romper ese ciclo y cambiar nuestro destino.

–¿Adónde quieres llegar? –dijo Nearco; algo en su tono hizo sospechar a Lisantias que aquella pregunta la tenía ensayada con Alejandro.

–Yo digo que nos adelantemos a ellos. ¡Debemos volver nuestros ojos hacia Occidente! Antes de que esos bárbaros sean lo bastante numerosos para venir contra nosotros, llevemos a sus tierras la civilización griega y la estrella de Macedonia.

Lisantias sintió cómo se le erizaba el vello de los antebrazos. ¡Ah, así pues las conquistas no se habían terminado y aún tendría la ocasión de cargar a lomos de su caballo Quirón con los Compañeros del Rey! Pero éstos no parecían tan convencidos, a juzgar por las rápidas miradas de consternación que cruzaron entre sí mientras Alejandro se bajaba del diván para pasear por el centro de la sala.

–¿Qué pasa entonces con la campaña de Arabia? –preguntó Meleagro–. ¿Tanta exhibición de barcos río arriba y río abajo un día sí y otro también es sólo una maniobra de distracción?

–No critiques lo que no entiendes –intervino Nearco–. Hay que asegurar la ruta entre el Golfo Pérsico y el Mar Eritreo y sembrar colonias en ella para unir todos los puntos del imperio.

–Por no hablar de los ingresos que obtendrás tú cuando Alejandro te otorgue la concesión sobre la mirra, el cinamomo y el nardo–dijo Meleagro.

Alejandro le miró con una chispa peligrosa en los ojos. Meleagro se tapó la boca y agachó la cabeza.

–Esa expedición –prosiguió el rey– forma parte de un plan más amplio. Pero lo que aquí se diga, aquí debe quedar.

Alejandro apuró su copa y pidió que se la llenaran otra vez. La descocada esclava de la red de plata acudió con una jarra y todos los ojos siguieron el tintineo de la malla. Lisantias pensó que el rey no debería beber tanto, y que si quería que sus planes no salieran de allí sería mejor que no hablara delante de tanta gente, incluyendo a los pajes reales.

Aunque yo no diré nada, se prometió, y con un estremecimiento se dio cuenta de que, de forma indirecta, acababa de recibir la primera orden de Alejandro. Y por Hécate y la propia Estigia que la iba a cumplir.

–Mientras Nearco recorre Arabia y funda nuevas ciudades –dijo Alejandro–, tú, Ptolomeo, construirás una gran calzada que unirá Alejandría con Cirene. Quiero una Ruta Real como la de los persas, empedrada, con pozos y casas de postas, que recorra todo el norte de África para que un ejército pueda recorrer por ella doscientos estadios al día. Cuando la calzada llegue a Cirene, haremos que siga al oeste hasta Cartago y más allá.

¡Cartago! A Lisantias se le escapó un silbido entre dientes y el compañero de la derecha le miró con severidad. Los marineros que desembarcaban en Pela, la capital macedonia, se hacían lenguas de Cartago y aseguraban que era tan rica y populosa como Atenas, Siracusa y Corinto juntas. Podía poner a la vez más de mil naves de guerra en el mar, con las que dominaba el Mediterráneo hasta las Columnas de Heracles, y esas naves se aventuraban incluso más allá, en el gran Océano al que Alejandro ansiaba llegar.

–Cartago... Ésas son palabras mayores –dijo Seleuco, otro general.

–¡No hay palabras mayores para Alejandro! –contestó el rey, derramando algo de vino al volverse hacia Seleuco con brusquedad–. No toleraré imposiciones ni amenazas veladas como las que me ha insinuado el embajador de Cartago. ¿Sabéis que me ha dicho? Que ellos no ponen objeciones para que nuestros barcos lleguen hasta Sicilia siempre que no pasemos más al oeste de Agrigento, y que allí nos venderán a buen precio el estaño y el ámbar que traen de la Céltica y de Thule. «Es mucho más cómodo com-

prarnos a nosotros que arriesgar tus propias naves», me ha dicho ese tipo con una sonrisa en sus labios. Por culpa de la flota cartaginesa, el Mediterráneo Occidental lleva generaciones vedado a los barcos griegos. Es hora de que eso se termine.

–El oeste le costó la vida a tu tío, el rey del Epiro–intervino Peucestas, el más joven de los Guardias del Rey–. Y él también se llamaba Alejandro. Eso puede ser un mal augurio.

–No. Su muerte fue un augurio de que Italia siempre ha estado reservada a *este* Alejandro –insistió el rey, clavándose el pulgar izquierdo en el pecho.

–Si quieres Italia te las tendrás que ver con una ciudad que no te ha mandado embajadores –dijo Ptolomeo.

–¿Cuál?

–Roma. He hablado con viajeros que vienen de la Magna Grecia, de Neápolis y Posidonia. Por lo que sé, los romanos son un hueso duro de roer. Según me han contado, tienen la disciplina de los espartanos, la ambición de los atenienses, y son tan numerosos como estos condenados babilonios.

–¡Mejor así! Necesitamos enemigos de renombre que nos den gloria. ¿Qué rival de nuestra talla hemos encontrado desde que vencimos a Poros en la India? –Alejandro apretó el puño derecho y giró sobre sí mismo, mirándolos a todos a los ojos, y Lisantias se dio cuenta de que incluso los más escépticos estaban cayendo bajo su embrujo...

...Como se dio cuenta Perdicas, porque a él mismo se le arreboló el rostro y se le erizó el vello de la nuca. En Gaugamela, la mayor batalla librada por Alejandro en Asia, que ocho años después ya era una leyenda entre los mismos que habían participado en ella, Perdicas mandaba una falange de sarisas. Su misión era aguantar la posición para mantener clavado al grueso del ejército persa mientras Alejandro y la caballería de los Compañeros asestaban el golpe definitivo en el corazón del enemigo y ponían en fuga al rey Darío. Los hombres de Perdicas, armados de las aparatosas picas, habían mantenido el terreno embestida tras embestida, incluso cuando los persas enviaron contra ellos oleadas de carros provistos de hoces de acero capaces de partir a un hombre por la mitad. Había sido una batalla de mil demonios, Perdicas había perdido a muchos hombres, muertos o mutilados, y a él mismo le habían cla-

vado una flecha en el pecho; y, sin embargo, todo lo que recordaban las crónicas era la gloriosa carga de la caballería conducida por Alejandro y su difunto caballo Bucéfalo.

Pero ahora el propio Perdicas era el jefe de la caballería de los Compañeros, el sucesor de Hefestión. Si combatían contra los romanos, sería él quien disfrutaría de la embriaguez de la carga, la sensación más gloriosa que podía experimentar un guerrero, en vez de esperar pie en tierra tragándose el polvo que levantaban los cascos de los caballos ajenos.

Perdicas meneó la cabeza y se apoyó la copa de plata en la frente para refrescar la cabeza y las ideas. No, no podía caer otra vez en la trampa de Alejandro. Si se les ocurría viajar tan lejos al oeste, el imperio que habían conquistado derramando sangre y sudor durante doce años por los caminos de Asia reventaría por todas las costuras. Apenas tenían efectivos para mantener el orden en las veinte satrapías, Grecia era un avispero que podía estallar en cualquier momento, sus propios soldados estaban cada vez más descontentos, ¿y aquel hombre quería llevarlos al otro extremo del mundo sólo porque le aburría gobernar, organizar y administrar su imperio como un auténtico rey?

Es un loco peligroso. Hay que hacerlo ya.

Levantó la copa de vino hacia Alejandro:

—¡Estoy deseando llevar el estandarte de nuestro amado Hefestión para aplastar a esos bárbaros de Occidente! —dijo, a sabiendas de lo que pasaría luego.

Al ver cómo al rey le huía el color de la cara se sintió un miserable. Alejandro, a quien siempre le había gustado compararse con su antepasado Aquiles, tenía en Hefestión a su Patroclo, y a falta de un Héctor a quien aniquilar para vengar su muerte, había decidido celebrar unos funerales extravagantes más propios de un dios que de un humano. Para ello hizo erigir una pira funeraria en forma de pirámide de cuya base sobresalían doscientas cincuenta proas de barcos, coronada por unas sirenas huecas en cuyo interior se ocultaban plañideras para entonar los cantos fúnebres. El conjunto superaba los ciento veinte codos de altura, y cuando le pegaron fuego (Alejandro había recobrado al menos algo de sensatez y había permitido bajar a las plañideras), el calor fue tan intenso que varias palmeras de la plaza ardieron y los azulejos de los edificios colindantes se resquebrajaron y saltaron de las paredes.

Ése era Alejandro. Parecía mentira que hubiese sido alguna vez discípulo de Aristóteles, quien sostenía que en la moderación estaba la virtud. Para que el recuerdo de Hefestión no se extinguiera nunca, le había puesto su nombre al escuadrón de Compañeros y lo había hecho bordar en su estandarte. Por supuesto, en cuanto Alejandro desapareciera, lo primero que haría Perdicas sería quemar esa bandera y cambiar el nombre del escuadrón. En vida Hefestión había llegado a estragarlos a todos, pero era aún peor tras su muerte.

–Hefestión... –repitió el rey ahora, y escondió los ojos en la mano derecha, sin soltar la copa de la izquierda. Después levantó la mirada y chasqueó los dedos.

Perdicas estuvo a punto de hacerle una señal a Nina, pero se acordó a tiempo de que ella no le conocía a él, sino a Epiboas. Al *difunto* Epiboas, se corrigió, pues el oficial ya era pasto de los peces del Éufrates.

Nina, bien aleccionada, se adelantó a las demás muchachas y se acercó contoneándose sobre los coturnos, de modo que la red de plata se pegaba a sus curvas con un campanileo casi acuático. Los ojos de todos se iban a sus pechos y sus nalgas, pero los de Perdicas se clavaron en el cántaro que traía en las manos y que representaba a Heracles bajando al Hades con Baco y saltando entre las piedras para cruzar las aguas infernales. La copa de Heracles que Alejandro vaciaba de un trago cada vez que ofrecía una libación por Hefestión.

Alejandro tomó el cántaro de manos de Nina, y ella se apartó sin dejar de cimbrarse. Al salir del círculo de los divanes pasó junto a Perdicas, que captó en el olor de su transpiración algo extraño que casi le excitó. Era el olor del miedo.

Era normal que estuviera asustada, pensó. Acababa de traer el veneno que mataría al rey del mundo.

–Alejandro –susurró Nearco–. No es necesario. Ya has hecho más que suficiente por Hefestión. Si sigues así vas a arruinar tu salud.

Alejandro se quedó mirando al navarca y por un instante pareció dudar. *No, ahora no*, pensó Perdicas, y trató de hacerle pensar en otra cosa.

–Deja que lo pruebe yo antes –dijo como si se le hubiera ocurrido de repente. Nearco le dirigió una mirada indescifrable. *No, es tu mala conciencia. Ni Nearco ni nadie puede sospechar nada.*

–¿Por qué, *ogathé* Perdicas? Estamos entre amigos –contestó Alejandro, tratando de abarcarlos a todos con un gesto de la barbilla, ya que tenía las manos ocupadas con las dos asas del cántaro.

–Un rey nunca se debe confiar.

Alejandro sonrió con amargura.

–Gracias por recordármelo. Toma –dijo arrimándole la copa sin soltar las asas.

Perdicas se sentía más canalla a cada momento, y sin embargo encontraba una tenebrosa delectación en ello. Se deslizó hasta el borde del diván y acercó la nariz al cántaro. Alejandro lo volteó un poco. Cuando el vino empapó sus labios, Perdicas notó una punzada en el vientre y los testículos se le encogieron. ¿Y si Roxana le había engañado y un sorbo bastaba para envenenarlo?

Los demás ya estaban bastante bebidos, y algunos, como Leónato o Meleagro, ya habían llegado borrachos antes de empezar el banquete. Pero Perdicas apenas había probado el vino ni los platos aderezados con las especias picantes de la India, así que no tenía el paladar tan estragado como los otros. El vino puro le dejó un ligero regusto a bellota amarga. Perdicas levantó la mirada hacia los ojos de Alejandro. Las pupilas le brillaban acuosas y las venillas de la esclerótica se le veían enrojecidas. Seguro que no notaría nada.

–Un buen vino –sentenció Perdicas.

Alejandro levantó el cántaro y miró a las alturas, como si aquella libación fuese en honor de un dios olímpico y no de un humano encerrado en el Hades.

–¡Por Hefestión, hijo de Amíntor, el más valioso y noble de los macedonios!

Los demás macedonios a los que acababa de declarar inferiores al difunto cruzaron miradas de rencor. Alejandro, sin percatarse, vertió unas gotas de vino sobre un pebetero que ardía en el centro de la sala. Después aferró con ambas manos las asas y bebió.

Mientras la nuez de Alejandro subía y bajaba y la copa se volcaba más y más, Perdicas se le quedó mirando incapaz de respirar, como si él mismo estuviera compartiendo la copa de Heracles. Los demás comensales le animaron con gritos de *Ió, ió, ió, ió* como cómitres exhortando a los remeros a bogar con más brío.

Por fin Alejandro apartó la copa. Tenía el rostro colorado, le goteaba líquido oscuro por las comisuras de los labios y sus ojos estaban aún más vidriosos que antes. No era raro, pues había dado cuenta de más de seis cotilas de vino puro sin respirar. Se tamba-

leó un poco y le entregó el cántaro a Nina. Durante un instante la mirada de la joven se cruzó con la de Perdicas, pero éste no observó la menor señal de reconocimiento.

Ya está hecho.

Alejandro se reclinó en el diván, y el simposio continuó. Perdicas notaba en los oídos un zumbido tan fuerte que no distinguía las conversaciones, como si alguien le hubiera dado a él un veneno que embotara los sentidos. Los címbalos, las flautas dobles, el tañido del bárbiton le sonaban tan lejanos como un viento que soplara en las montañas de Macedonia. Una racha de aire entró por el mirador; las luces de las velas temblaron, dos o tres de ellas se apagaron y a Ptolomeo se le voló la corona de pámpanos.

—Parece que va a ocurrir algo —susurró en tono lúgubre Peucestas, que estaba a la izquierda de Perdicas. Aquel hombre, el mismo héroe que había saltado de la muralla de la ciudad de los malios para proteger a Alejandro cuando una flecha le atravesó el pulmón izquierdo, era tan supersticioso que si veía a un gato negro por la calle se quedaba quieto hasta que otra persona se cruzara con él.

Mientras las camareras cerraban las celosías que daban al jardín, se oyó un gran estrépito fuera de las puertas de la sala. Ptolomeo saltó del diván y acudió en cuatro zancadas. *¿Qué demonios pasa ahora?*, se preguntó Perdicas con un nudo en la garganta, y se levantó para seguir a Ptolomeo. El corazón le latía más rápido que el ritmo del baile que estaban interpretando dos cortesanas jónicas. Alejandro levantó una mano y la música cesó.

Los pajes que montaban guardia acudieron a la puerta y formaron alrededor de Ptolomeo. Uno de ellos casi arrolló a Perdicas, que se volvió furioso contra él. Por un segundo pensó encontrarse ante el fantasma de Hefestión; pero no, sólo era un mozo barbilampiño que se le parecía mucho.

—¿Quién coño eres tú?

—Me llamo Lisanias, señor.

—Pues aparta esa lanza, Lisanias, que no es de mí de quien tienes que defender a tu rey.

Ptolomeo mismo separó las jambas de la puerta. Al otro lado montaban guardia otros veinte pajes reales dispuestos en dos filas. Tenían las lanzas levantadas y cruzadas como si quisieran impedir el paso a alguien; pero la espalda de Cares, jefe de protocolo de Alejandro, impedía ver quién había más allá.

–¿Qué ocurre? –preguntó Ptolomeo.

Cares se dio la vuelta.

–Un hombre quiere ver al rey. Dice que es urgente.

Perdicas se volvió al notar una mano en el hombro. Era Alejandro. Se estaba apoyando en él con fuerza. Lo extraño, pensó, era que se mantuviera de pie después de todo el vino que había trasegado de una sentada. Por los perros de Hécate, ¿cuándo empezaría a hacer efecto la *vishamushiti*?

Paciencia, se dijo. Se trataba de que pareciera una enfermedad, no un envenenamiento.

–¿Qué puede haber tan urgente para molestarme cuando estoy con mis amigos?

–Ese hombre dice que lo envía Apolo –explicó Cares, titubeante–. Según él, viene directo del oráculo de Delfos con un mensaje para ti.

–En ese caso, recibiré mañana el recado de mi divino hermano.

Peucestas, que también había acudido a la puerta, se volvió escandalizado hacia Alejandro. Aunque de todos los Compañeros era el que más adoraba al rey, y sería capaz de besar sus huellas en el barro, aquella muestra de *hybris* no podía dejar indiferente a un hombre que sentía pavor por los dioses y los dáimones.

–Presiento que es importante, Alejandro –le dijo–. Cuando se ha levantado esa racha de viento he pensado que era un presagio. Sea quien sea ese visitante, creo que lo envían los dioses.

A Alejandro se le demudó el gesto. En las últimas semanas los augurios habían sido malos. Los sacerdotes caldeos le habían advertido de que era mejor que no entrara en Babilonia, y cuando el adivino Pitágoras sacrificó una bestia todos vieron que a su hígado le faltaba un lóbulo. Días después, mientras Alejandro recorría en su trirreme las marismas que rodeaban Babilonia, el viento le arrebató la diadema real. Un marinero se zambulló para recuperarla, pero como no era capaz de nadar sin las manos libres se la tuvo que poner en la cabeza antes de subir a la nave. Alejandro recompensó su servicio con una bolsa de daricos de oro y castigó la insolencia de usurpar un símbolo real con quince azotes.

El último presagio había sido el más ominoso: un individuo había aprovechado que Alejandro jugaba a la pelota en el patio para sentarse en el trono real que perteneció a Darío. El propio Perdicas se encargó de torturarlo para averiguar si obedecía a alguna conjura, y el tormento se le fue de la mano tan rápido que el

pobre diablo murió sin decir gran cosa. Pues Perdicas sospechaba que era Roxana quien se escondía detrás de aquel acto inexplicable, y no quería que nadie llegara a saberlo.

Demasiadas señales de los dioses como para despreciar ésta. *El oráculo te manda un mensajero para avisarte de tu propia muerte, ¡oh rey!*, pensó Perdicas con cruel delectación.

–Haced pasar a ese enviado–dijo por fin Alejandro.

Cares se echó a un lado y los pajes apartaron las lanzas, abriendo un pasillo para el desconocido. Un hombre se adelantó hacia la puerta.

–Lo hemos registrado y no lleva armas, Alejandro –dijo Cares.

El hombre entró en la sala. Era alto; le sacaba a Alejandro la cabeza, y a Perdicas sus buenos cinco o seis dedos. Traía ropas raídas de viajero y sus sandalias dejaban en el suelo manchas del polvo del camino. Era un tipo delgado, con el rostro afilado, el pelo pajizo y la barba corta. Sus ojos eran lo que más llamaba la atención: eran de un azul muy claro, casi transparente, de un tono que rara vez se veía entre los griegos.

–¿Quién eres, viajero? –preguntó Alejandro.

–Me llamo Néstor, ¡oh rey! –respondió él, saludándole con una brevísima inclinación de la cabeza y sin dejar de mirarle a los ojos.

–¿Néstor hijo de quién? ¿Cuál es tu ciudad?

–Néstor, oh rey. No recuerdo el nombre de mi padre ni el de mi madre, ni tampoco el de mi ciudad. Sólo sé que soy médico y que el oráculo me ha mandado aquí para curarte.

El hombre usaba la *koiné*, el dialecto ateniense que se había convertido en lengua franca de todos los griegos, y la hablaba con fluidez, pero con un acento extraño e inidentificable. Sus ojos se posaron un segundo en Perdicas y éste se estremeció.

Sí, el mismo Apolo estaba detrás de esas pupilas. Nada bueno podía traer ese Néstor.

–Deja que yo mismo le eche, Alejandro –susurró Perdicas.

–Espera –respondió Alejandro, y añadió dirigiéndose al forastero–: ¿Curarme de qué, Néstor el médico? Me encuentro perfectamente.

–Te acaban de envenenar.

–Eso es ridículo. En mi...

Alejandro se interrumpió de golpe, apretó el hombro de Perdicas con fuerza, se apretó el estómago como si le acabaran de asestar una puñalada y se dobló sobre sí mismo. Néstor se acercó

extendiendo las manos y Perdicas desenvainó el cuchillo que llevaba bajo la túnica para detenerle. Pero Alejandro le detuvo con un gesto, mientras trataba en vano de enderezarse.

—¡No! Déjale... Es una señal...

Perdicas retrocedió un par de pasos. Era consciente de que la sangre le había huido del rostro, pero nadie le prestaba atención. Peucestas y Ptolomeo se estaba llevando a Alejandro para tenderlo en un diván que Nearco y Seleuco habían acercado a rastras.

—¿Qué ha bebido el rey? —preguntó Néstor.

—Lo último ha sido la copa de Heracles —dijo Ptolomeo.

Lisantias se adelantó a los demás y corrió hacia la mesa donde descansaba el cántaro. Cuando se la entregó a Néstor, éste la olió sin decir nada; después metió un dedo, lo sacó untado en vino y posos y lo chupó. Con un rictus de desagrado, volvió a escupir en la copa y se la devolvió al paje.

—¿Veneno? —preguntó Ptolomeo.

Néstor asintió. A Perdicas le resultaba cada vez más odioso: les miraba a todos fijamente a los ojos, sin apartar la mirada cuando el decoro lo exigía sino cuando a él le parecía conveniente.

El médico pidió a los pajes la bolsa de viaje que le habían requisado. Se la trajeron, y él la abrió sobre el diván.

—¡Por favor, señores! —exclamó el médico, abriendo los brazos para despejar un círculo a su alrededor.

La estatura, la voz grave y la mirada de esos ojos tan claros le conferían tal autoridad que los grandes generales del imperio se apartaron ante aquel hombre vestido con una túnica sucia y deshilachada. El médico desenvolvió un lienzo en el que guardaba un polvo negro, tal vez carbón; con una cuchara tomó cierta cantidad, la vertió en un frasco que contenía un líquido blanco y agitó la mezcla con fuerza.

Ahora todos, invitados, pajes y hasta las hetairas y las flautistas, formaban un corrillo tan apretado alrededor que Perdicas casi cayó sobre Alejandro. El rey seguía arrugado sobre sí mismo, tenía el rostro empapado en sudor y le temblaban las manos, aunque se estaba mordiendo los labios para no gritar. Ptolomeo le besó en la frente y le apretó con fuerza una mano. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Y no era el único, comprobó Perdicas. *Tengo que hacer algo para que vean que no he sido yo*, se dijo.

—¡Fuera todo el mundo de aquí! —rugió Peucestas, dirigiéndose a las mujeres.

–No, espera un momento –dijo Perdicas, volviéndose sobre los talones para recorrer con la mirada la sala. En voz bien alta, para que todos le oyeran, preguntó–: ¿Dónde está la esclava que le trajo la copa al rey?

El mayordomo babilonio, un hombre de ojos saltones que hasta entonces había estado medio agazapado tras una columna, se acercó a él arrastrando los pies y juntando las manos.

–No lo sé, noble señor. Hace un rato que no veo a Nina...

Perdicas buscó entre los pajes y eligió a Lisantias.

–La esclava de la malla de plata. Seguro que te has fijado en ella.

–Sí, señor –contestó el paje, ruborizándose.

–Tal vez no haya tenido tiempo ni de cambiarse. Buscadla y traedla ahora mismo. Te hago a ti responsable.

–¡A la orden, señor!

Lisantias escogió a cuatro jóvenes más. Cuando se iba, Perdicas le agarró por el codo.

–Que nadie le toque un pelo, por muy desnuda que la veáis. Alguien ha querido asesinar al rey, y esa mujer va a confesarlo. Pero me lo va a confesar *a mí*, ¿entendido, Lisantias?

–¡Sí, señor!

A sus espaldas, Perdicas oyó unas fuertes arcadas, y luego el chapoteo de unos vómitos sobre las losas del suelo. Por lo escandaloso del ruido, Alejandro debía haber expulsado de golpe las seis cotilas de la copa de Heracles y alguna más. Perdicas prefirió no volverse a mirar.

–Ahora sujetadle y traed mantas –oyó decir al médico–. Tendrá convulsiones y habrá que...

Las demás palabras fueron un zumbido de moscas para él. Se dejó caer en un taburete y se agarró las manos para contener el temblor. Su plan, el plan de Roxana, había fracasado. *Pero eso no significa que tengas que morir*, se dijo a sí mismo. No, si Alejandro no había muerto, él tampoco lo haría. Ya habría otros que pagarían por él.